



AMOR DEL POETA

¿O conocéis á Laura? ¿No habéis visto
La dulce risa de sus labios rojos,
Ni la tierna inquietud con que dilata
La luz fecunda de sus negros ojos?
Su semblante es de amor; en él retrata
La fe de su ternura,
Tiene de paz y bien el alma llena;
Pálida es su hermosura,
Pero es la palidez de la azucena.

En su talle gentil halló la rosa
La casta languidez con que se mueve;
Y la blancura hermosa
Copió en su seno la preciada nieve:
El aura cariñosa
Recogió de su aliento
Los vuelos apacibles y suaves,

Y al escuchar su acento,
 Trinar supieron las pintadas aves.
 Tan pálida y tan bella,
 Sus gracias todas le prestó la aurora.
 Ríen las flores al mirarlas ella;
 Y con dulce armonía
 La fuente gime cuando Laura llora.
 Su cándida alegría
 Es el nacer del sol; si mira triste,
 Es la tristeza con que muere el día.
 Rasgando el manto de la nube oscuro,
 No es más bello el azul del firmamento.
 Su corazón es puro;
 Como su corazón su pensamiento.

¿Y no la conocéis? ¿No habéis sentido
 El suspiro doliente
 De sus hermosos labios desprendido?
 ¿La esperanza jamás os la fingía?
 ¿Y en el sueño de amor más inocente
 No la pudo entrever la fantasía?
 ¿Y en apacible calma,
 Llenos de amor sentís los corazones,
 Y guardáis en el alma
 Profundas y queridas ilusiones?...
 Á mí se apareció; la infancia apenas,
 Me regalaba hermosas
 Sus últimas coronas de azucenas,

Sus ya pálidas rosas.
 Y yo la vi: mi corazón temblaba
 Al sol de sus miradas cariñosas;
 Llena de luz y de hermosura estaba.
 Sobre mí se inclinó, besó mi frente;
 En ella dejó escrito
 El sello de un afán puro y ardiente,
 El germen de un amor que es infinito.

Huyó después. Y desde entonces siento
 De su casta hermosura
 El corazón sediento;
 En los misterios de la noche oscura
 La escucho suspirar; sombra lejana
 Por el bosque sombrío
 Me la finge la luz de la mañana;
 Búscala ansioso el pensamiento mío
 Por la verde pradera,
 Por la margen del río,
 Cuando la tarde tímida y ligera
 Llueve sobre las flores su rocío.
 Vive en mi corazón, vive en mi vida;
 Mis penas desvanece,
 Á tan profundo amor agradecida,
 Y calma mi desvelo;
 Si á mis inquietos ojos comparece,
 Su blanca mano me señala el cielo,
 Y rápida otra vez desaparece.

El fuego de su lánguida belleza
 Derrama en mis ensueños un tesoro
 De ternura y grandeza,
 De armonías, perfumes y colores;
 Cielos azules recamados de oro,
 Campos cubiertos de lozanas flores.

Visión consoladora,
 Manantial de mis dulces alegrías,
 Estrella bienhechora,
 Luz que ilumina mis oscuros días....
 ¡Qué fuera yo sin tí!.... Planta sin fruto,
 Nebulosa mañana,
 Corazón lleno de amargura y luto,
 Hijo infeliz de la miseria humana.



Á LA PRIMAVERA

Huyó, por fin, el perezoso Invierno:
 Las pardas nubes que apiñadas antes
 Coronaban los turbios horizontes
 En gigantescas masas divididas,
 Disipándose van. Ya no se escucha
 Mugir soberbio en las quebradas rocas,
 Ni trémulo azotar las ramas secas,
 Al Ábrego sañudo; ni á su empuje
 Rechinando girar en la alta torre
 La atrevida veleta. Leves giran
 Por el tranquilo azul del firmamento
 Tímidas bandas de fugaz blancura,
 Recamadas de púrpura y de oro.
 Con ellas ciñe virginal Aurora
 Sus contornos de luz cuando en Oriente
 Al mundo anuncia la feliz mañana,
 Y el mundo todo de placer sonríe.